

LA NACION

Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

LN-28-5-87

El Plan Arias y la "cumbre"

Las declaraciones de los cancilleres de Honduras y El Salvador que consignamos en nuestra edición del domingo, concernientes a la necesidad de introducir "modificaciones y mejoras" al plan de paz regional del presidente Oscar Arias, constituyen señales inequívocas de que la propuesta del mandatario costarricense no satisface ciertos requisitos esenciales en materia de seguridad.

En las referidas manifestaciones, los funcionarios de Honduras y El Salvador enfatizaron que un acuerdo sobre la cesación del fuego en Nicaragua debe ser "producto del consenso obtenido entre el Gobierno y los rebeldes de ese país". La propuesta del presidente Arias, en cambio, excluye del posible diálogo a la resistencia armada, y lo restringe a "los grupos desarmados de oposición política interna".

Conforme al plan, la marginación de los insurgentes es conexas a la solicitud que, simultáneamente con la eventual suscripción del documento, los países centroamericanos le harían "a los gobiernos extrarregionales que, abierta o veladamente, proporcionan ayuda militar a los insurgentes o fuerzas irregulares, para que suspendan esa ayuda". Tal llamado sería únicamente a Estados Unidos, pues la guerrilla marxista salvadoreña se nutre del régimen sandinista, el cual no es "extrarregional", aunque sus mecenas y rectores del bloque comunista sí lo son.

A diferencia de lo que Cuba o la Unión Soviética harían en circunstancias similares, Estados Unidos, ante un pedido de esta índole, tendría que descontinuar el respaldo a los rebeldes nicaragüenses. De esta forma, el errado enfoque diplomático le ocasionaría a quienes luchan por liberar a Nicaragua del yugo marxista, el revés que el gigantesco aparato militar sandinista no logra consumir en el campo de batalla.

Estos aspectos del Plan Arias, empero, tienen alcances más serios. Como la propuesta sólo visualiza el cese de la asistencia militar "a los insurgentes o fuerzas irregulares", la ayuda del bloque soviético a Nicaragua, que es a un gobierno, quedaría excluida de esa prohibición y hasta amparada por un trato en los países democráticos vecinos. Asimismo, el plan

únicamente obliga a iniciar, no a concluir, negociaciones sobre control y reducción de armamentos y número de efectivos en armas.

Estamos seguros que ni el presidente Arias ni el canciller Rodrigo Madrigal Nieto desean o anticipan un desenlace tan poco halagüeño para la iniciativa regional. Esto es evidente por el énfasis de la propuesta en la democracia como única avenida efectiva de paz en Centroamérica, lo cual ha motivado un amplio respaldo nacional e internacional, al que nos hemos sumado. Pero de los países del istmo que sufren conflictos armados, sólo Nicaragua está ayuna de democracia y un diálogo interno. Quizás teniendo en miras no individualizar a este país, y así hacerle más digerible el plan a los sandinistas, se generalizaron fórmulas que riñen con el contexto de las restantes naciones y sus legítimos intereses de defensa.

Lamentablemente, a estas alturas no existe con relación al Plan Arias la coherencia que los gobiernos legítimos centroamericanos sí exhibieron de cara a Nicaragua en las viciadas negociaciones patrocinadas por el Grupo de Contadora.

A esa carencia de un frente unido que, de acuerdo al propósito original del Plan Arias, comine a la democratización de Nicaragua, se suman la sui géneris política externa de Guatemala — hondamente influida por las relaciones con México — y la abierta alianza azteca-sandinista. Esta constelación de factores podría generar en Antigua presiones para emprender nuevas rondas de interminables discusiones, al estilo de Contadora.

Si consideramos que en breve se debatirá en Washington la autorización de ayuda adicional a los rebeldes nicaragüenses, el reinicio del proceso negociador, dado su impacto negativo en la continuación de la asistencia, favorecería, inmensamente al régimen de Managua. Tampoco sería halagador para nuestro país encontrarse en la cita cimera aislado o, peor aún, con el solo apoyo de Nicaragua. Por todo ello, Costa Rica no debería llegar a Antigua sin haber dilucidado previamente con sus aliados los problemas del Plan Arias y, fundamentalmente, el dudoso valor que tendrían las promesas sandinistas.